

kilómetro de aquí», respondió el oficial y entonces todos se maldijeron por el camión atascado y la orden de cularlo, y aunque sabían eso sintieron remordimientos.

—Yo pienso que los que volvimos estamos más seguros de nosotros mismos... y hasta más revolucionarios. No quiero decir que me coma un tanque de guerra de marcha atrás, pero uno comprende más a la gente y quiere más a la Revolución. Hay cosas que no se pueden olvidar... —dice y mira su vaso, se lo empuja y enciende un cigarro.

En su rostro está la misma preocupación de aquel día. Me había contado lo que había dicho la enfermera: a ella se le terminaron las balas y salió corriendo, los bandidos la persiguieron y la hirieron en un brazo, y fue cuando escucharon un intenso fuego de AK desde el río. Ella pensó que otros cubanos acudían al combate y siguió la carrera hasta unos arbustos. Parece que los bandidos pensaron lo mismo y abandonaron la persecución, regaron petróleo sobre el carro y prendieron candela. Después huyeron. «¿Por qué no matas a veinte hijosputas de esos?», le pregunté rebelde y dijo que yo estaba equivocado. «Esta es una lucha de principios, no para venganzas. Tenemos que defender esto.» Al escucharlo no reconocí a mi hermano, pero su taconeó fuerte me demostraba la tremenda cólera que tenía dentro.

—Me acuerdo de muchos —dice con voz diferente—. Recuerdo a los compañeros que compartían una gota de café durante días de marcha forzada y a los que se sentaban a mi lado para leer sus cartas o hablar de la casa, me acuerdo de los que no sabían cantar y cantaban, de los que conseguían algo de beber y lo compartían. Me acuerdo de todos —queda en silencio con la vista fija en la nada mientras devuelve lentamente el humo por la nariz. El cigarro se mueve rápido entre sus dedos—. Recuerdo la cara de un angolito cuando regresábamos a Cuba. Habían asesinado a toda su

familia y siempre andaba con nosotros. Ese día estaba fuera de la barraca, llorando, sentado sobre una piedra. Estuve a su lado después de abrazarlo y no sabía qué decir. Cuando subimos al camión lo llamamos para despedirnos, pero no levantó la cabeza y el camión arrancó, el polvo lo envolvió y no lo vimos más. Nos llevaron a Lobito y cuando casi nos íbamos, como a los cinco días, apareció el muchacho con uniforme nuevo, botas nuevas y unos libros bajo el brazo. ¡Estaba contento! Estudiaba en la Escuela de Sargentos Especialistas...

—Tú sí sabes cosas de la guerra, pero no quieres contar nada —dice mi sobrino, halándolo por un brazo.

No hace el menor movimiento y permanece serio, mirando su vaso. De pronto, se para y tumba la botella, unos vasos se rompen. El ron corre por el suelo y yo me agacho rápido. Él no mira a nadie y va hasta la puerta de la calle, a mirar hacia fuera. El temblor de sus manos y el rostro demudado me recuerdan la angustia de aquellos días, su caminar alelado y la noche que disparó por encima de la unidad de aquellos indisciplinados que tiraban a toda hora sobre nuestro hospital. Le grité y le llamé la atención, diciéndole que no estaba en la selva ni en un combate. Fue como si volviera a la realidad y me dijo que yo tenía razón, pero me eché a reír y él sabía que mi risa no era de alegría por habernos encontrado, sino para no dar importancia a su estado.

Se separa de la puerta y nos mira a todos. Tiembla.

—¿Qué tú quieres? —dice mirando fijamente a su sobrino—. ¿Un cuento de la guerra? ¿Quieres que te diga que yo maté a cuatro o a diez? ¿Que las balas me pasaban por arriba y no me hacían nada y yo me reía de ellas? —pasa la mirada por todos nosotros—. ¿Quieres que les cuente cómo corría el enemigo y nosotros los cazábamos como a ratas? —respira profundo y mira del mismo modo que en Lobito—. ¡Habla que estar allí para saberlo! ¡Habla que estar allí para sentirse mal cuando muere un compañero tuyo y cuando